

NOTICIA DE LIBROS

VIVIR LA HISTORIA

JOSÉ MARÍA ALFARO

Carlos Seco Serranos *Viñetas históricas*. Introducción por Javier Tusell
Madrid, Espasa-Calpe (Selecciones Austral), 1983.

El prólogo de Javier Tusell a las *Viñetas históricas* de Carlos Seco Serrano constituye en varios aspectos una introducción ejemplar. No se limita a los elogios acostumbrados por parte de la mayoría de los prologuistas. Cumple con este trámite, casi ritual, con respetuosa mesura, con la deferencia y reconocimiento que al maestro —al buen maestro— debe un aventajado discípulo, que a su vez ha sabido alcanzar un puesto de relieve entre los intelectuales e historiadores de la razonada juventud española de hoy.

A Tusell le interesa, sobre todo, explicarnos cuáles son las coordenadas en relación con las que hemos de atender a la situación de la obra de Seco Serrano, y a los logros de la misma, dentro de la variada actividad de nuestra historiografía. El debate acerca de qué es la Historia no es nuevo. Incluida entre las antiguas artes —con su musa particular, para mayor distinción y gloria—, el avance gradual de la investigación rigurosa, con el natural ensanchamiento de técnicas e instrumentaciones adyacentes, la fue introduciendo por la puerta estrecha de las severidades científicas.

Está claro que un auténtico historiador actual tiene poco que ver con un viejo cronista, aunque haya todavía gentes —y no faltas de pretensiones— incapaces de vislumbrar la diferencia. Pero la polémica en torno de en qué consiste la Historia y cuáles son sus fines y naturaleza, hace ya mucho tiempo que anda por otros caminos. A la idea romántica de considerar la Historia como una reconstrucción poco menos que novelesca presidida por la acción decisiva de los grandes personajes —los héroes, en la concepción de Carlyle—, vino a sustituirla el principio de mirar a la sociedad, en su conjunto masificado, como objetivo y argumento de muchos historiadores de los últimos tiempos. Un punto de partida decisivamente influido por lo político, en su vertiente dialéctica de la revolución social.

Seco Serrano nos precisa este punto, según su estilo, con sintetizadora nitidez. En una de sus ilustradoras *Viñetas*, la titulada «Dos conceptos de la realeza: Luis XVIII y Luis Felipe», escribe: «La moda historiográfica, hoy por hoy, rehuye los estudios de carácter más o menos biográfico —aquellos que buscan al indivi-

dúo como resorte del devenir histórico—; se interesa más bien por el análisis de las estructuras sociales y de las *mentalidades colectivas* y, fuertemente influida por el pensamiento y el método marxistas, sólo presta atención a los *condicionamientos económicos* y a los *movimientos de masas*.» El párrafo fija, sin necesidad de más comentarios, «el estado de la cuestión». Queda evidente que la exposición de Seco Serrano tiene no poco de denuncia; y que, con arreglo a su espíritu, no está dispuesto a dejarse arrastrar por la «pro-letarización» al uso, en cuanto a las prácticas y falsillas para estudiar e interpretar el acaecer histórico. Por descontado que esta actitud nada tiene que ver con retornos o desdenes hacia las realidades sociales y a la influencia de los fenómenos económicos en las evoluciones y sacudidas humanas. Pero tales reconocimientos e intervenciones determinantes no pueden significar el olvido de la efectividad del hombre, identificable e individualizable, verdadero hacedor de la gran aventura de la humanidad, al que se ha llegado a definir como «ser histórico», con independencia de otros condicionamientos y circunstancias. El historiador, naturalmente, no es un hábil y cautivador coleccionista de narraciones y sondeos biográficos; pero tampoco puede reducirse, por mucha instrumentación científica que ponga en la tarea, a escudriñar cada uno de los hilos que componen el tejido social, con sus correspondientes particularidades. Javier Tusen¹ nos recuerda la reflexión de Raymon Aron de que «no existe ninguna razón lógica o epistemológica por la cual se pueda afirmar que el conocimiento de los hechos económicos y sociales sea más científico que el de los políticos o militares». Para agregar, líneas adelante y ya por cuenta propia: «La cuestión no es ya si la Historia política es legítima sino si el pasado resulta inteligible sin la Historia política.»

El cerco puesto por Tusell a la obra de Seco Serrano, con el fin de concretar su situación y aportaciones dentro de la corriente superadora de nuestra historiografía, remata en varias conclusiones de lúcidos esclarecimientos. De estas definiciones, vamos a señalar dos, que ayudan

a establecer tanto las intenciones intelectuales como las que podremos llamar éticas, necesarias para mejor comprender el aliento y orientación de la empresa del profesor Carlos Seco. Una, la de la adscripción de esa tarea bajo el rótulo de «Historia humanista», con todos los equívocos y redundancias que tal título puede acarrear; y otra, la que nos ofrece la contribución de «un instrumento indirecto para la construcción del porvenir», puesto que «en definitiva y no en vano, Seco ha descubierto en el pasado español una tradición, quizás para algunos inesperada, de hombres caracterizados por la *ecuanimidad* y el *equilibrio en las crisis*».

Estas *Viñetas históricas* —colección de artículos, aparecidos anteriormente en el diario ABC— recorren un arco amplísimo de personajes y acontecimientos españoles. Se abre el itinerario con una emotiva estampa, rezumante de belleza —no hay que olvidar que Carlos Seco es un fino escritor, lleno de recursos literarios—, que tras el prometedor epígrafe de «La emperatriz Isabel y Toledo», evoca la delicada figura y los dones espirituales de la llorada esposa de Carlos V. Me doy cuenta, al releer el esquemático apunte con el que he querido reflejar la impresión producida por la *Viñeta* que el autor dedica a la princesa lusitana que mi referencia pudiera inducir a error respecto al carácter y valores de los estudios de Seco Serrano. El empleo de palabras como «emotiva», «evocar», «estampa», etc., no es imposible que conduzca a más de uno a pensar que estas *Viñetas históricas* haya llegado a deslizarse, por algunas de sus páginas, el diablillo tentador de la facilidad y el efectismo, empujando a la composición de lo que se conoce como «evocaciones de otros tiempos», «cuadros de época» y demás ambigüedades, en las cuales la apoyatura literaria —incluso en su vertiente lírica— prima sobre las preocupaciones de la investigación y el rigor científicos.

Nada más lejos de la realidad. Queda ello bien claro, frente a cualquier interpretación sospechosa que pudiera surgir. Las *Viñetas históricas* de Seco Serrano son piezas de una enorme precisión, a la par que de una enriquecedora originali-

dad. Tras ellas gravitan las infatigables horas de concienzudo trabajo, junto al coraje del historiador que, convencido de la verdad de sus descubrimientos y análisis, no se deja dominar por las «ideas recibidas» ni por los convencionalismos y corrientes al uso.

El recurso a lo biográfico suele ejercer la función estabilizadora —y hasta consecuente—, al estudiar y deducir los «ritmos históricos» de un período determinado. Esta consideración aparece bien ostensible en las diecinueve *Viñetas* que se eslabonan en la sección consagrada a «la época de Alfonso XIII». Aparte de ser un diáfano exponente del temperamento y estilo del autor, constituye un eficaz y desapasionado viraje en el enjuiciamiento de la comprometida y procelosa etapa alfonsina. No se trata de proponer lo que se dice una reivindicación de la figura del monarca, otra víctima más de la implacable leyenda negra, canibales-co festín destinado a devorar la gran mayoría de los más eminentes personajes españoles.

A Seco Serrano le interesa traer a cuenta la propuesta «regeneracionista», que corre como hilo conductor significativo de las inspiraciones políticas —más ilusionadas del complejo reinado. La contribución —y también la iniciativa— para este impulso de cambio, provendrá, en no pequeña medida, de dos importantes hombres de gobierno, hoy injustamente olvidados u objetivos de astutas descalificaciones: José Canalejas —seguramente el primer estadista del partido liberal a lo largo de la «Restauración»— y Eduardo Dato —quizá el conductor más equilibrado y sereno procedente de los campamentos conservadores—, ambos caídos bajo las balas asesinas cuando desempeñaban la jefatura del Gobierno.

Sin Alfonso XIII, Canalejas y Dato —en unión, naturalmente, de otras mu-

chas personalidades—, resultaría incomprendible una historia sincera del «regene-racionismo», un movimiento nacido para renovar y ampliar los planteamientos que sirvieron a Cánovas del Castillo para la apertura de horizontes a la «Restauración». Si el «regeneracionismo» —ideología no demasiado clara, que sirvió también al general Primo de Rivera para explicar su golpe de Estado—, estuvo lejos de culminar sus propósitos, no por ello dejó de impregnar las capas más sensibles de la sociedad española. Hasta tal punto que sin el reconocimiento de su influencia se hace muy difícil explicar el extraordinario renacimiento cultural —nuevo «siglo de oro» en las letras y las artes—, que ayudará en su día a la caracterización de la era alfonsina, tras el desastre traumatizante de 1898, con el que el siglo xix remata su difícil herencia.

No se limitan las aportaciones de estas *Viñetas* a la renovadora visión de «La época de Alfonso XIII». Abierta la ruta —según registramos— entre las glorias y ambiciones del afanoso siglo xvi, con el estudio que dedica a la representación espiritual de la emperatriz Isabel —la del magnífico retrato del Tiziano, ante quien no posó nunca—, Carlos Seco avanza a lo largo de la historia de España. Serán estaciones de esta marcha descubridora «el admirable siglo xvin», la etapa que denomina «entre dos revoluciones» —con especial referencia a aquellos episodios relacionados con la vecina Francia— y la de la Restauración, para cerrarse con tres *Viñetas* situadas en «la segunda República». Una de ellas relacionada con la proyección de Alfonso XIII en las *Memorias* de Manuel Azaña, cuando el jefe republicano relata un imaginado encuentro, de desafortunado desarrollo, con el monarca en el exilio.

Un libro para leer sin pausas, pese a las muchas invitaciones que nos haga a la meditación.

AYALA O EL ARTE DE OLVIDAR

FRANCISCO YNDURAIN

Francisco Ájala: *Recuerdos y olvidos, 2: El exilio*. Madrid, Alianza Editorial, 1983.

Acabo de leer, como siempre me ocurre con los escritos de Francisco Ayala, con gusto y provecho, el segundo volumen de la obra arriba citada.

Ya nos había advertido, en el prólogo a la primera entrega, cómo la biografía de un escritor son sus escritos mismos: «En ellos se encierra el sentido de su existencia; y si la noticia de tales o cuales pormenores anecdotícos sirve para algo, será para ayudar a interpretarlos.» La precaución de volver sobre lo escrito antes por Ayala me ha salvado de caer en un presunto plagio, ya que, más o menos, uno pensaba en algo así para abrir esta nota. Sí, todo escritor escribe una parte de su autobiografía en sus obras que no comportan esa finalidad. Somos lo que hacemos y, no menos, lo que evitamos. Pero no voy a entrar en algo que me resulta ahora obvio —me sale al camino— y no poco tentador: el análisis del género autobiográfico como forma literaria confiriendo con las ideas de Georg Misch (*Geschichte der Autobiographie*, Berna, Francfort, 1969), Roy Pascal (*Design and Truth in Biography*, Londres, 1960) o Jean Staroninski (*The Style in Autobiography*, Oxford Univ. Press, 1971). Añadamos a éstos el sustancioso texto del propio Ayala en la «Introducción», al primer volumen de estas memorias. Ahora bien, en la muy larga historia de la literatura auto y heterobiográfica, desde César o. Plutarco, con figuras de tanto relieve como Petrarca y Dante, Rousseau y Goethe, hay un tercer término posible en el que se funden o juntan biografiado y biógrafo, por donde resulta un testimonio doble y, no pocas veces, contrastivo: recordemos a Boswell y el doctor Johnson o a Eckermann con Goethe. Para nuestro caso ahora disponemos también de un enfoque análogo; valga por otros de menor entidad el libro de Rosario Hi-riart, *Conversaciones con Francisco Aya-*

la (Madrid, Austral, 1982). En cada uno de estos casos habría de precisarse el grado de intervención y guía del entrevistado en la formulación de preguntas, con elusiones u olvidos. Ayala no ha sido privado del talento de olvidar, como Te-místocles (Plutarco, 6, y Carièle, *Sartor Resarfus*, ch. VII).

Incidentalmente recordaré que en nuestras letras, a las que se les ha solidado achacar carencia o penuria al menos de autobiografías, memorias y diarios, estamos teniendo una extraordinaria floración de obras encasillables bajo tales marbetes. Recordemos, sin remontarnos más, a Una-muno, Baroja, Azorín, Rosa Chacel, Ramón Gómez de la Serna, Dalí, Corpus Barga, Alberti, Moreno Villa, Gil-Albert, Barral, Insúa, Zamacois, Giménez-Arnau... o. editores, como Aguilar y Ruiz Castillo. ¿Causas, motivos? Quizá lo conflictivo de nuestro tiempo actúa como acicate de escritores y lectores.

Volviendo a nuestro Ayala, teníamos no pocas páginas de información personal, como esa otra *Conversación con el autor*, de la misma doctora Hiriart, en la edición más reciente del libro de relatos del nuestro, *La cabeza del cordero* (Madrid, Cátedra, 1978). Porque ocurre que sobre autor y obra hay ya una copiosa bibliografía escolar (*scholar* más bien) en la que no faltan las entrevistas con el objeto del estudio. También el propio autor nos ha hablado de su personalidad literaria, de la que él se ha hecho y ha querido hacer; así, en *Mis páginas mejores* (Madrid, Credos, 1965), en *Propósitos de un novelista* (leído en los Coloquios de la UIMP, Santander, 1968), o en el prólogo a la última edición de su *Tratado de Sociología*, donde se ocupa de su técnica literaria. Recordaré todavía, y sin agotar el campo, el «Prólogo redactado por un periodista y archivero a petición del autor, su amigo», que figura al

frente de *Los usurpadores*, y con la transparente firma: «F. de Paula. A. G., Duar-te», fechada en Coimbra, 1948, y que puede verse en la edición *Obras narrativas completas*, prólogo de Andrés Amo-rós, edición que hubo de salir en México (Aguilar, 1969) y circuló aquí con no pocas dificultades. Al prologuista debí, y debo, el ejemplar tan raro de conseguir entonces. Con los textos citados, sin agotar la veta, ya creo haber dado noticia de cómo Ayala no ha rehuido —más bien, sí, buscado— el hablar de sí mismo con sentido autocrítico reiterado. Pero no creo que estemos en el terreno de las «confesiones» en el sentido más estrecho. Viniendo ya a la segunda entrega de *Recuerdos y olvidos*, que comprende años de exilio y algunos momentos de regreso a la patria, el propio autor nos advierte que no se ajustan a un orden cronológico, «ni observan sistema alguno: responden a la presencia de recuerdos que afluyen a mi ánimo, entreverados con las ausencias de aquello que involuntariamente olvido o que deliberadamente quiero omitir» (página 157, *op. cit.*). Sí, el libro comprende casi todos los años de su exilio y sigue la progresión temporal a grandes trancos con más sujeción a lugares donde vivió y trabajó, como notaré más adelante. Pero lo que más me interesa hacer notar es lo que ya desde el mismo título de la serie, a la que deseamos larga andadura, y en el texto que acabo de aducir, nos advierte de una muy sagaz disposición o actitud en el autor respecto del saber memorioso, de eso que constituye el eje de nuestra personalidad, con el doble filtro selectivo de retenciones y rechazos, en los que me parece ver el resultado de un proyecto de ser y realizarse. Entonces la autobiografía nos está dando información en dos planos, bien que no se nos alcance el grado de intencionalidad en muchos de los olvidos, ni siquiera si lo son o sólo para su acceso a la escritura. Por otra parte, el redactar unas páginas desde una altura temporal determinada —la de hoy— sobre hechos, personas y relaciones de hace ya bastantes años, supone que la selectividad es, al menos, doble: la del momento de su ocurrencia con su viva actualidad, y el de

su rememoración para traslado a página destinada a lectores. Nada de esto, ni de algunos otros recovecos, escapa a la penetrante mirada interior de Ayala. Si a esto añadimos que ambos volúmenes llevan juna selecta ilustración gráfica, todavía se nos ofrece más abiertamente a una comunicación, visual ahora y con su entorno significante en cada caso. La fotografía y su valor documental tampoco quedan exentos de dos intenciones, la del fotógrafo y la del fotografiado, aunque éste elige luego. Recuerdo que en uno de los retratos que un pintor hacía de Va-léry, aquél no acababa de ver la fisonomía del escritor, hasta que una tarde exclamó: «Ya la tengo», a lo que el poeta apuntó: «.Es que ahora me había olvidado de que estaba posando.»

Todavía nos brinda Ayala una clave más para seguirle en su vida y trabajos, digo* en su interpretación estimativa de tantas y tantas personas y personajes como nos deja retratados en apunte rápido a lo largo de estas páginas, donde hay muy relevada atención hacia escritores, científicos y políticos. Probablemente hay que dar un margen al posible deseo de sazonar con unas gotas de sal o <vinagre, no tanto de acíbar, algunos de los rápidos esbozos. Veo en ello un trasfondo de actitud satírica, siempre que no olvidemos que la sátira parte de un ideal supuesto y que no se ve cumplido. La risa de que la corrección de costumbres suele valerse ya quedó grabada en la sentencia horacia-na sobre la *comoedia*: «castigat ridendo mores.» Donde, «castigat» vale por «corrige», sin más penalidad. Quede, pues, despenalizada la sátira de Ayala, en estos libros por lo menos. Al lado de esta nota, y en contraste, ha de ser tenida en cuenta la de muchos otros pasajes en que la aprobación, el afecto y aun el entusiasmo del narrador nos presenta, también brevemente, otros personajes. Pero, en ninguno de los dos casos hay motivos de amistad o enemistad sólo, sino una más alta referencia a tabla de valores impersonal. Uno puede ser juzgado por la calidad de sus amigos, no menos que por la de sus enemigos. Y cómo nos satisface el saber de algunos de éstos.

Hay vidas cuya trayectoria transcurre

en tiempos y lugares de muy distintas circunstancias, ejemplares y propicias, o grises y hostiles, entre conflictos ásperos a los que no es fácil sustraerse y en los que la solicitud partidista exige compromiso hasta el último límite, o en una etapa histórica sin historia, la de los pueblos felices. Ayala tuvo la suerte alterna en dos extremos, pues si llegó a Madrid y halló acogida en los medios intelectuales más escogidos (Revista de Occidente, *Gaceta Literaria*, Universidad) en aquella fecunda década de los veinte, la guerra civil le forzó al exilio y también allí supo y se ganó excelentes amistades, como puede verse en sus memorias. Para su temprana participación en la literatura, ha de tenerse muy en cuenta lo que José-Carlos Mainer ha escrito en un sustancioso prólogo a la reedición de *Cazador del alba y otras imaginaciones* (Barcelona, Seix Barral, 1971). Esta variedad de experiencias no han dejado de contribuir a enriquecer una mente, abierta y receptiva como la de Ayala.

Ni el extrañamiento de su tierra le ha supuesto merma de actividades literarias, tanto de creación como en traducciones selectas, pese a que, como nos dice, fue «traductor a destajo». Ahí están las versiones, nada fáciles, de Thomas Mann, o esa delicia de *Los cuadernos de Malte Laurids Brigge* que nos puso al alcance (Buenos Aires, Losada, 1953, con un prólogo de Guillermo de Torre), más *La romana*, de Moravia (que Darío Fernández Flórez imitaría) y algún escritor brasileño. El apretado esfuerzo del traductor ha sido, quizás, un medio para ampliar y precisar más aún su lengua.

Cuando ha escrito las novelas de más compromiso ha sabido guardar un distanciamiento irónico que invita al lector a asumir una actitud desprendida y crítica, según el propio autor (véase «Nueva divagación sobre la novela», *Revista de Occidente*, núm. 54, septiembre de 1967). Ha de apuntarse en su haber la muy importante partida de sus cursos en Universidades americanas, de los que son testimonio los numerosos estudios sobre su obra que han visto la luz, y los inéditos. Ni paró aquí una actividad creciente, pues no sólo, colaboró en las revistas in-

tellectuales de más alta exigencia, sino que lanzó una revista que nos fue ventana abierta a horizontes limpios, *Realidad* (unos quince números) y contribuyó a la mejor época de *Sur*, *La Torre y Asomante*. De todo ello apenas si se nos da información escueta, apuntada nada más, en las memorias. También, como de paso, suministra información sobre obras ajena: como cuando ilustra el cuento de Salinas, *El desnudo impecable*, con el fondo del College de Bryn Mawr; *La calle de Val-verde*, de Aub, con la Zambrano; o ese presunto antecedente de *Tiempo de silencio*, de Luis Martín Santos, en *Adán Buenosaires*, de Leopoldo Marechal.

Como ya se ha dicho, estos libros no están concebidos con plan o programa sistemático, ni en lo temporal ni en asuntos, si bien seguimos los pasos del autor por tierras extrañas, con libertad para dar un salto atrás o anticiparse a otro evento de más ocasiónada concordancia con tal pasaje. Recorremos y asistimos a ciudades, universidades, editoriales, revistas en las que Ayala ha vivido y trabajado desde Buenos Aires («¡Mi Buenos Aires!»), Chile, Brasil, Puerto Rico, Princeton, Chicago, Nueva York, para luego darnos una somera y rápida visión de un viaje «turístico»: Italia, Grecia, Estambul, Bagdad, Bombay, Nueva Delhi. El que viaja ahora es un escritor «desligado de obligaciones», con mirada más literaria que de historiador, sociólogo o crítico de arte. Así verá la ciudad tan cantada: «Un regreso a la Venecia de Proust» (en un artículo reciente en la prensa madrileña), del Proust que tanto anheló ese viaje, logrado con el recuerdo de Albertina muerta. Ese Proust que fue dado a conocer en España desde el entorno orteguiano al que perteneció Ayala, y desde el que se propiciaron las traducciones de Salinas y Quiroga Pía.

Con esto quería poner de relieve lo que me parece más característico en la personalidad de Ayala, la de escritor, aunque no pueda ni deba olvidar su formación rigurosa y magisterio en la disciplina de sociología, ciencia humana si las hay, y de la que nos ha dejado y continúa dándonos textos que dicen tanto del

especialista como del hombre de pluma. Lo ha sido por gusto, por elección y con una variada gama de estilos y técnicas, desde sus obras de la que llamamos vanguardia hasta la literatura comprometida y el neorrealismo de muy personal cuño. Ni el rigor exigido al científico o la mayor libertad en el ensayo han hecho ponderosa o laxa la escritura de Ayala, pues hay siempre una constante de disciplina con amenidad en prosas de cualquier naturaleza. Las dificultades vencidas y el esfuerzo consiguiente quedan soterrados. Ahora, estas memorias nos traen un enfoque nuevo en su obra, con refrendo reiterado de la calidad de un escritor. Vistas en conjunto ofrecen un fragmentarismo ocasionado, algo como un *scrap-book* de muy jugosa redacción y atrayen-

te lectura. No recogeré inventariando sus ideas y sentimientos: ahí están, leedlos. Sólo recogeré cómo la mayor amargura sufrida en nuestra guerra, sufrida en lo más querido y próximo de su familia, se nos da casi en forma alusiva nada más. Los silencios, son, a veces, elocuentísimos. Una de las ventajas de llegar a cierta edad —leía en Huxley— siempre que las condiciones económicas sean razonablemente seguras y la salud de uno no demasiado mala, es que uno puede dedicarse a ser sereno... y adoptar el punto de vista divino de las cosas. Nuestro idioma puede perfeccionar la sentencia huxleyana: el «to be» vale por nuestro «ser» y «estar sereno». Que Ayala siga con serena mirada y feliz expresión decantando olvidos y recuerdos.

LAS BARBAS DEL VECINO

ALBERTO SANJUANBENITO AGUIRRE

Alain Peyrefitte: *Cuando la rosa se marchite...* Barcelona, Plaza y Janes, S. A., 1983.

En una realidad distinta de la originada por las elecciones legislativas del 28 de octubre del pasado año, éste sería un libro muy interesante para franceses y especialistas en ciencia política, interesante para otros sectores minoritarios de la vida española y, sencillamente, un libro más para la mayoría de los ciudadanos. Pero las consecuencias de la victoria del PSOE en octubre priman el análisis de Peyrefitte y lo colocan en un plano de interés superlativo para un muy amplio sector de los españoles reflexivos que pueden, con su lectura, comprender y aclarar su sorpresa ante los resultados electorales y, más directamente, su desorientación diaria ante la gestión de los asuntos públicos. No deja, por ello de ser un libro que aplica su lente sobre el país vecino y del que no pueden extrapolarse identificaciones de conductas, aunque sí en muchos casos de propósitos, aplicables a la realidad española de nuestros días.

Del autor, Alain Peyrefitte, puede predicarse su notoriedad como publicista (*Cuando China despierte...* y *El mal latino*, entre sus trabajos más conocidos) y como político (joven ministro con De Gaulle y posteriormente en otros Gobiernos de la V República). La exposición, no exenta de elegancia y garbo literarios, es la propia de un adversario político culto, irónico y «combativo». Pese al tecnicismo derivado de su propia naturaleza y al impresionante aparato de llamadas directas a pie de página, así como una importante bibliografía, el libro se lee con facilidad y a veces con regocijo.

Centrando esta breve nota en los contenidos se observa una tesis nuclear en el análisis de la victoria de F. Mitterrand el 10 de mayo de 1981. Para Peyrefitte, se produjo un equívoco en el cuerpo electoral motivado en un doble, al menos, conjunto de circunstancias. En primer lugar, el desgaste de la mayoría y del Gobier-

no que sustentaba bajo la presidencia de Giscard, agravado por las pruebas de in-solidaridad política, de «guerra de clases» o facciones; en una palabra, impresión de falta de coherencia política. Junto a ello, la enorme habilidad dialéctica del candidato del PS, que opuso a las argumentaciones racionalistas de su principal adversario una retórica de los sentimientos, una llamada al «corazón» de los franceses y, además, les dijo lo que querían oír y en lo que iban a estar de acuerdo. Esta acusación de Peyrefitte sobre la indefinición del programa del candidato Mitterrand, que no se conoció por entero durante la campaña, es una de las más graves llamadas de atención del libro. En efecto, el análisis del programa de Gobierno socialista demuestra que está basado en documentos nacidos en el Partido (en sus Congresos) o producto de su alianza, que Peyrefitte no considera meramente táctica sino estratégica, con el PC. Y esto porque, subraya, son las proposiciones comunistas aportadas al programa común las recogidas y desarrolladas más firmemente por el equipo¹ gubernamental.

Analiza Peyrefitte en primer lugar las consecuencias del cambio de dirigentes políticos, la confusión producida en la sociedad política y en los grupos sociales relevantes e, incluso, entre los propios aliados minoritarios de la candidatura socialista. Acusa, con datos, el desencanto emergente y la sensación peligrosa, de que han sido utilizados (comunidad judía, «gaullistas» de izquierda, los entusiastas ecologistas, etc.).

La segunda parte del trabajo contempla el programa de «cambio para Francia», al que critica duramente y en el que, a su juicio, subyace la tentación colectivista aunque sea «a la francesa».

Es ocioso afirmar que la cultura, la información y la difusión de los conocimientos son las claves de la sociedad contemporánea y serán absolutamente determinantes en el próximo futuro. El autor examina con detalle las consecuencias que ha tenido en este terreno la política des-

arrollada por el Gobierno socialista, a la que califica de revolución cultural por el procedimiento «gota a gota». Hay que «cambiar las mentalidades» por el sutil proceso del control de la enseñanza en sus niveles inferiores propugnando un nuevo laicismo, no neutral, ya que se afirma que «la escuela laica es el crisol de la lucha de clases», por ejemplo, o se procura la asfixia de la enseñanza libre o se atemoriza y burocratiza la Universidad, a la que se teme. ¿Qué va a pasar?, se pregunta Peyrefitte. Y dedica una sección del libro a las vías de salida que pasan por el desengaño espontáneo de la sociedad francesa, la evolución socialista hacia la socialdemocracia estilo centroeuropeo, el nacimiento de una tercera fuerza o las indeseables explosión o radicalización de las propuestas socialistas, para llegar a una democracia popular. El colofón, irónicamente titulado «Los gastos necesarios de la herencia socialista», se articula en torno al deber de la oposición y presenta un «programa para Francia», en las vertientes política, económica, social y cultural. La esperanza, a juicio del autor, reside en que, de un modo u otro, se disipará para siempre el malentendido existente. El socialismo se habrá hecho imposible, tanto con ellos como sin ellos. Porque las excusas sobre el pasivo recibido, la «herencia», no serán de recibo si dejan una situación peor. Cuando se: tienen, y se tienen, todos los resortes ya no hay coartadas: A poder total, responsabilidad total, fracaso total.

La crítica fundamental, en el plano general, es, pues, la falacia de la presentación de Mitterrand como «un presidente para todos los franceses» y la falta de intuición de lo real, que conduce a la incoherencia. Textualmente dice Peyrefitte: «Corazón y razón, hay que tenerlos simultáneamente. Pero hay una manera mala de emplear el corazón: la voluntad abusiva de hacer feliz al próximo a pesar suyo. Y una manera mala de emplear la razón: hacer ideología. Sin el instinto de las realidades, ¿para qué sirven el corazón y la razón, sino para alimentar una buena conciencia insopitable?»

LAUREANO ALEAN, ENTRE ESPAÑA Y AMERICA

LUIS JIMÉNEZ MARTOS

Laureano Albán: *El viaje interminable*. San José, Costa Rica Editorial, 1983, 200 págs.

Laureano Albán: *Geografía invisible de América*. Huelva, Instituto de Estudios Onubenses, 1983, 120 págs.

Laureano Albán: *Autorretrato y transfiguraciones*. León, Colección Provincia, 1983, 106 págs.

Laureano Albán: *Aunque es de noche*. San José de Costa Rica, 1983, 62 págs.

Laureano Albán llegó a España en 1978. Traía de su país, Costa Rica (nacido en Santa Cruz de Turrrialba el 9 de enero de 1942), unos cuantos libros publicados y su aportación al Movimiento Trascendentalista que fundara junto a los poetas Julieta Dobles, su esposa, Carlos Francisco Monge y Ronald Bonilla. Como otros nombres hispanoamericanos, venía en misión literaria descubierta y a la búsqueda de vitales horizontes. Nuevamente, el ejercicio diplomático y el periodístico duplicaban el pretexto para *hacer España*.

En 1979, al conseguir el Premio Adonais su poemario *Herencia del otoño*, Albán inicia la conquista pretendida. Ahí, en ese libro revelación, una de sus partes, bajo el membrete «*Hispania*», sintetiza memorabilmente el enlace entre las orillas del Atlántico, y, en su remate, recrea el momento de la partida de las naves colombinas el 3 de agosto de 1492: «Hay un navio de fuego., olivo, arcilla, / riesgo, desgracia, prometido sueño. / Yo voy en él como por un camino-, / con el germen del canto y el veneno, / con la cruz, la esperanza, la codicia, / y el esplendor sin patria del olvido.»

Pues bien: esa señal, evocadora y emocionalmente asumida, hubo de convertirse en el arranque de un ciclo americano que, por ahora, comprende dos títulos: *El viaje interminable*, primer premio de Cultura Hispánica, y *Geografía invisible de América*, premio hispanoamericano de poesía Juan Ramón Jiménez. La suerte, justificada, en el azar de los galardones, continuaba acompañándole, y, como veremos, no son las únicas pruebas recientes de esa fortuna.

Albán deja bien a las claras un empeño: que ese primer tramo de su singladura entraña *canto y visión del descubrimiento de América, dentro de ese inmemorial viaje mayor, que hoy sabemos interminable, de la aventura humana hacia lo desconocido*. Lo cual implica una aplicación de lo teorizado en el manifiesto al que acabo de aludir, en cuanto que él se apoya en las vivencias trascendentales.

Cabe inscribir, de entrada, a este costarricense en la onda expansiva, vertebrada a través de un impulso épico, que en nuestro siglo representa Pablo Neruda. Pero tal ascendencia es preciso matizarla de inmediato, porque su empuje totalizador va configurándose en las lindes no pormenorizadas a cuenta de los hechos históricos y de la actitud partidista del chileno. Laureano Albán se apunta al canto sucesivo, que ya brota con voluntad depurada y sometida a una estética donde lo *impuro* permanece al margen. Si reconstruye, sobre la base de documentados apoyos, la peripecia fabulosa de Colón y sus compañeros, es para profundizarla y añadirle al tiempo real la impregnación inconfundible del sinto tiempo. Desde principio a fin, en su contextura (ritmo heptasílabo apenas si alterado) y en lo expresivo, se funde la línea del relato y la del uso continuo de la metáfora y la adjetivación abundosa y visualizadora, a más de paralelismos, aliteraciones, enumeraciones y todo el aparato propio, de quien entiende que la calidad del idioma es una rotunda exigencia.

Apreciamos cómo cualquier tentativa de lanzarse al desbordamiento es controlada y, asimismo, que la naturaleza marina, el vaivén en que transcurre, tiene el con-

trapunto del aliento humano. En algunos momentos, ¿debió alterarse esa férrea unión para sentirnos más próximos a lo que ocurría? Hubiera servido para darle paso a la dramática, pero Albán prefirió situarnos sobre la anécdota, y en esa nave hacia lo desconocido, entonces y siempre, se instala el símbolo, cuyas velas son las trasposiciones, instrumentos del cambio de la objetividad episódica por la expresividad deslumbradora.

Lo que Colón hallara fue una tierra de sedimento milenario. Es a la que apunta y en la que se funda *Geografía invisible de América*. Eduardo Matos Moctezuma afirma en el prólogo: «Es el nuevo canto de América. América quimérica que se une, quinientos años más tarde, con el canto de la España del fuego y del llanto.» Resulta palpable, en efecto, esa intención, desarrollada en veinte poemas y, como en el libro precedente, según absoluto ajuste. El andamiaje versal es semejante, pero la imaginería se espesa e intensifica. El punto de mira es lo secreto y ancestral, que produce una poesía mágica, pendiente de los mitos, para el intento de atravesar las sombras y de poner en pie las remotísimas raíces. Es buen ayudador el barroco en esta empresa con entramaje de hermosura y emoción. Puestos a establecer valores, sin duda *Geografía invisible de América* supera *El viaje interminable*, pero en ambos confluyen los planos del ver y del más allá: «Que todo lo que brilla, / en el cielo, en la tierra, / Ueva detrás un ojo / incesante, y el ojo / tiene un sueño / de claridades rápidas, / y en el sueño los dioses / crean el destino y callan.» Viene a punto esta observación: no haber sido suficientemente evitadas las rimas internas.

Pero en el alarde creativo de Laureano Albán —cuatro obras que aparecen a la vez— hay otra banda, y a su análisis nos disponemos. *Autorretrato y transfiguraciones*, Premio Provincia de León, ofrece una perspectiva más personalista, aunque igualmente abarcable a los territorios de nuestra lengua —*América y España: dos pasiones de un mismo sueño*—. El poeta hace camino en lugares de una y otra orilla, poniendo por delante el perfil íntimo: «Piedra no soy, / ni árbol ni

palabra, / cosa dura y solar / aunque en mi boca se celebra el llanto.» Lo tangible se transforma en alquimia cuya sustancia es de historia, paisaje, figuras literarias (Quevedo y Hernández homenajeados), pero, sobre todo, de esencialización reflexiva que desprende una belleza menos recargada. Albán enfrenta el misterio de las cosas y del hombre, la vida y la muerte —«Morir es esa fuerza / que sube de la tierra / ya impregnada de azar»—, la memoria, la música y el tiempo. El poeta pone mucho de sí, pero antes que fijarse individualmente, le interesa la emanación plural del mundo y el acercamiento a sus arcanos. Transpira el prodigo de la naturaleza, y en Santillana, México, Madrid, Alcalá o Cádiz, lo terrestre se despliega, pero sin que el contemplador se deje ganar por la superficie. El resultado es el mejor libro de Albán, a mi entender.

Este arco poético aún lo sostiene otra columna: la de *Aunque es de noche*, Premio Internacional de Poesía Religiosa, otorgado en Burgos. Aquí se reúnen trece cantos que se basan en versos de San Juan de la Cruz. Tras los periplos americohis-pánicos, Dios centra la motivación. Este libro, con el que fue obsequiado Juan Pablo II durante su visita a Costa Rica, es un buceo en la oscuridad hacia el hallazgo de alguna luz: la que sólo el espíritu puede hacer posible. Los fenómenos naturales —alba, lluvia, tinieblas, luna— ambientan el ansia de un poeta consciente de que hoy, como ayer, la sublimidad sanjuanista es arrebatada incitación. Entre preguntas y exaltaciones se llega a este término: *Es la hora, y Tú cantas*.

Un tema se repite en el cuarteto poemático: la referencia a la ceniza, esto es, al indicio de lo que ha ido destruyéndose. El primero de estos libros comienza así: «El mar es un viaje / de unísonos caballos de ceniza.» La metáfora vuelve a producirse, con variaciones, aquí y allá. El canto octavo de *Geografía invisible de América* se titula «Oración de la ceniza» y, en él, leemos: «Mira hacia abajo: / sólo hay deseos y voces / de invisible ceniza.» Y en otro texto: «¿Quién dirá: aquí la muerte / ha empezado pulsando / liras vaticinadas de ceniza?» De

«Autorretrato y transfiguraciones» son los versos «Esto es ceniza: doble sombra. / Digo la palabra quemada. / Únicamente ella, / combustible constancia: / nos une al consumirse / el anillo sonoro de la luz». Y, también: «Es la incineración lo que miramos.» Y, en fin, «Aunque es de noche» incluye: «Como una copa toda / de cenizas y estragos.»

¿Qué quiere decir esta insistencia? Lo que deja de ser visible, lo que se consume, no desaparece, sino que sigue latiendo de otra manera. Si todo poeta tiene su *metafísica*, según enunció Antonio Machado, la de Laureano Albán se inclina sobre la huella última de lo existente reducida al espíritu o a su semejanza. Esta especie de obsesión, no ajena a los des-

lumbres materiales, significa conciencia estremecida, palpitó de lo transmutable, superación de lo elegiaco.

Como Rubén, Huidobro, Neruda y Va-llejo, entre otros, Albán halló en España las incardinaciones decisivas para su obra fértilísima, como ya se ve. Emplea la *herencia de otoño* y la enriquece. Más Huidobro y algún Octavio Paz que Neruda han influido en su quehacer donde suena el acorde de España y América. Hijo del barroco, su capacidad expansiva y acumuladora de alardes verbales —aviso al riesgo— ha ido de suyo atenuándose a medida que el dentro tiende a dominar sobre el fuera. Otra vez, una voz-puente se incorpora a la amplísima comunidad de la lengua española en la poesía.

LA MONARQUÍA Y LA SEGUNDA REPÚBLICA

JOSÉ MANUEL CUENCA TORIBIO

E. Vegas Latapié: *Memorias políticas. El suicidio de la Monarquía y la Segunda República*. Barcelona, 1983, 328 págs.

En un campo como el de la política, tan propenso a la inconsistencia enmascarada de flexibilidad o recto pragmatismo, la firmeza en los principios y, sobre todo, la adhesión inalterable a los ideales de la juventud inclinan de inmediato a la simpatía. Cuando esta inquebrantabilidad ha soportado duras pruebas y se encuentra tallada en la honestidad más impoluta, la simpatía se ve elevada a la admiración. Así ocurre con el autor de la obra glosada, figura conocida y a la vez destacada del panorama político nacional a lo largo de casi medio siglo.

Esta primera parte de sus *Memorias políticas*, que contendrán tres volúmenes, se extiende desde sus muy precoces actividades públicas en el Santander de los años veinte hasta los inicios mismos de la guerra civil, época en la cual era ya Vegas, no obstante su juventud, representante notorio del conservadurismo hispano como motor, junto con Maeztu, de la

famosa revista *Acción Española*, sectariamente *analizada* no ha mucho por una pluma tan perspicaz y deseosa ahora de concordia como la del catedrático de Derecho Político de la Universidad a Distancia, Raúl Morodo. Este primer tomo constituye, en conjunto, una discreta aportación al conocimiento de la historia de las ideas políticas y de la acción pública en general durante la última etapa del reinado de Alfonso XIII y de la Segunda República. La información, siempre abundosa, es en ocasiones original. (Podríamos equivocarnos, pero creemos que en estas *Memorias*, como en las del gran amigo de su autor, José María Gil-Robles, se transparenta la mano acribiosa de un documentalista de excepción de los anales del más reciente ayer hispano: Pablo Beltrán Heredia, dilecto camarada de las dos personalidades susmentadas.) Se transcribe correspondencia inédita, se insertan parcial o íntegramente artículos pe-

riodísticos no exhumados hasta ahora de las hemerotecas, se reproducen fragmentos de conversaciones de sumo interés, así como pasajes de mítines y discursos de oradores y tribunos de la derecha, hasta ahora no recuperados para la Historia. En la misma línea, los pormenores, anécdotas y datos de menor cuantía que empiedran buena porción de estas grises *Memorias* nos asoman a paisajes muy sugestivos y esclarecedores sobre ideas, hechos y hombres del período ya mencionado. Alfonso XIII, los cardenales Segura y Goma, José Antonio Primo de Rivera, Calvo Sotelo y un etcétera muy voluminoso de biografías, empresas periodísticas e intelectuales y hasta corrientes doctrinales son enriquecidos en su conocimiento para el investigador de la España contemporánea, con información nunca baladí y en ocasiones muy sustanciosa —invencible frivolidad de Alfonso XIII, cecidad del cardenal Segura, levedad inmensurable de Antonio Goicoechea, etc.—. Es claro que personajes como Maeztu o Saiz Rodríguez, tan cercanos al autor en ideas y aún más en afanes y proyectos, son descritos con pluma muy detallista en las *Memorias* comentadas, convertidas así en fuente casi primaria para la biografía de estos dos escritores e incluso de algunos otros como Pemán o Alvaro Alcalá Galiano, de quien se traza, al desgaire, un acabado retrato.

Obviamente no podemos seguir en estas líneas todos los meandros de una peripecia política muy repleta de aconteci-

mientos, debiendo limitarnos a insistir en su carácter de testimonio interesante y en general honesto para el estudio de la crisis española del siglo xx.

No cabe decir lo mismo, por desgracia, de la lucidez de las tesis defendidas en el libro, ni de su vehículo expresivo. El rechazo contundente por parte del autor de toda la experiencia política española a partir de 1730 y de la europea imaginamos que desde Lutero y Enrique VIII, hace de la defensa apasionada del Derecho público cristiano como fundente, plinto, espíritu y sinergia de todo Estado digno de tal nombre una utopía alucinante y alucinada, muy lejos del realismo del pensamiento católico según la formulación que de él hicieran sus mejores adalides. Conforme a la opinión de Vegas Latapié, el único ejemplo que ofrece la universal historia en las últimas centurias de su andadura de un régimen y un gobernante confesionales son los del Ecuador del presidente García Moreno, sobre cuya limpia memoria montó nuestro autor en días casi de adolescencia una conmemoración realmente única...

Como otros escritores de idéntica cepa ideológica se lamenta el académico de Ciencias Morales y Políticas del poco atractivo que el ideario tradicional ha gozado siempre entre la juventud y el público en general debido singularmente a la opacidad de su herramienta literaria. Estas *Memorias* son, en efecto, un excelente ejemplo de ello.

LOS ANARQUISTAS DE CASAS VIEJAS

GENOVEVA GARCÍA QUEIPO DE LLANO

Jerome R. Mintz: *The anarchists of Casas Viejas*. Chicago, University of Chicago Press, 1982, 336 págs.

Los acontecimientos de 1933 en el pueblo-gaditano de Casas Viejas constituyen uno de los sucesos políticos fundamentales de la historia de la Segunda Re-

pública. Al margen de lo que sucediera allí, es indudable que la vida del régimen republicano se vio fundamentalmente alterada a partir de la sublevación anarquis-

ta y la posterior represión por parte de las fuerzas del orden. Sin embargo, incluso para los especialistas nacionales, pero también mucho más para los extranjeros, los sucesos de Casas Viejas tienen todo el atractivo de lo singularmente dramático. Vienen a ser, en una historia tan complicada y turbulenta como la de España en el siglo xx, un caso de peculiar tragedia que ha trascendido nuestras fronteras para convertirse en modelo de una sublevación rural en plena época contemporánea.

Esto explica que el tratamiento haya sido frecuente y extenso en todas las obras clásicas de historia del siglo xx y por parte de los más significados historiadores. Pero no siempre las interpretaciones que se han hecho se corresponden con la realidad, y una buena prueba de ello viene a ser el reciente libro editado por profesor norteamericano Mintz, que puede constituir la obra definitiva sobre los turbulentos sucesos en el campo gaditano en el período mencionado. El libro de Mintz tiene, además, una ventaja adicional, y es que está elaborado desde unos criterios metodológicos muy recientes en la historiografía contemporánea. El autor ha recurrido, por supuesto, a toda la documentación impresa y hemerográfica existente, pero sobre todo ha utilizado las fuentes orales todavía existentes en la serranía de Ronda viviendo en las mismas condiciones de los campesinos y cazadores de Casas Viejas durante tres años. Más que de un libro de ideología o de historia del movimiento obrero, se trata de un libro que intenta profundizar en la mentalidad que provocó los sucesos mencionados. En ese sentido es un libro a menudo iconoclasta y que destruye, desde luego, muchos de los tópicos corrientemente admitidos sobre el particular. Desde luego es la antropología la ciencia que sirve de columna vertebral a la interpretación histórica.

Resulta, por ejemplo, que la tradición anarquista de Casas Viejas no es una tradición que se inicie durante la Segunda República, sino que se remonta a la época anterior a la primera guerra mundial. Entonces existió, desde luego allí, un centro obrero que fue el que inició el sindica-

lismo en toda la zona. Pero Casas Viejas era también, ya en la época republicana, un municipio socialista con alcalde de esta significación política. Sobre todo la gran aportación de Mintz es la consideración de que no se trató, en el caso de Casas Viejas, de una rebelión espontánea en el marco de una gran zona latifundista, sino de una «fuga hacia adelante» por parte de los elementos juveniles y más extremistas del sindicalismo dominante en el marco de una sociedad cazadora, lo que explica, precisamente, que los habitantes de Casas Viejas estuvieran armados. El famoso «Seisdedos» no desempeñó ningún papel en la sublevación: era un anciano superado por los acontecimientos y al que sólo le correspondió ofrecer cobijo a los dirigentes juveniles de la sublevación, que fueron los verdaderos causantes de la misma. Lo sucedido no fue ninguna huelga agrícola, pues no era el momento de la cosecha, ni una manifestación de mile-narismo, salvo en un puñado de jóvenes que se empeñaron en unirse a una sublevación de carácter nacional que no había tenido lugar. No hubo, tampoco, nada parecido a reparto de tierras sino, tan sólo, ataques a la Guardia Civil y quemas de registros de impuestos.

Lo que sucedió a continuación ya es suficientemente bien conocido: unas fuerzas de orden público agotadas y nerviosas llegaron a una población a la que temían y sin ningún mandato de las autoridades gubernamentales, que, sin embargo, habían ordenado una represión taxativa quizás con poca prudencia, produjeron la masacre final.

Tan interesante o más que la propia descripción de los acontecimientos es, en el caso de este libro, la narración de las vidas de los personajes, de su contexto social, de sus preocupaciones, de sus diversiones y de sus creencias. Las trayectorias de cada uno de los protagonistas del acontecimiento convierten a la obra de Mintz en un modelo de lo que podríamos denominar historia antropológica.

El lector a veces siente, con el libro en las manos, una emoción semejante a la que pueda experimentar cuando lee uno de los dramas de García Lorca. La

historia, en definitiva, no es sólo una ciencia, sino que también resulta ser un género literario, y esto ha sido bien comprendido y bien convertido en una realidad por el libro ejemplar de Mintz.

Narrar (y narrar bien) lo acontecido en la sierra gaditana en 1933 es, también, acercarnos a toda una época: la descripción de un acontecimiento se convierte, pues, en la evocación de una época.

DOS NUEVOS LIBROS SOBRE EL FRANQUISMO

JAVIER TUSELL

Fernando Valls: *La enseñanza de la literatura del franquismo. 1936-1951.*
Barcelona, Antoni Bosch, 1983, 198 págs. María Teresa Gallego
Méndez: *Mujer, Falange y franquismo. Madrid, Taurus, 1983, 221 págs.*

Desde hace algún tiempo el franquismo como período histórico está siendo objeto de estudios monográficos de mayor o menor trascendencia y significación, pero con una importante característica común: la de pretender abordar un punto concreto de la vida española durante la época y la de hacerlo aportando una documentación nueva, inédita o poco utilizada. Como es natural este tipo de enfoque favorece el conocimiento de un período histórico inmediatamente anterior al que estamos viviendo mucho más que las generalizaciones sin base monográfica. Es cierto, sin embargo, al mismo tiempo, que el tratamiento del período histórico no ha experimentado mutaciones esenciales en los últimos años. El historiador no se acerca a él desde una óptica de absoluta imparcialidad, de frialdad o de distancia-miento. Da la sensación como si los acontecimientos estuvieran demasiado cercanos como para que se pueda abordar, de una forma absolutamente aseptica, el clima intelectual, moral y político del franquismo.

Lo dicho, desde luego, tiene su lógica validez en lo que respecta al libro de Valls sobre la enseñanza de la literatura en el franquismo y al libro de María Teresa Gallego sobre la mujer en el primer franquismo. En ambos casos se trata de dos estudios monográficos que tienen un interés desde luego grande, pero en el •que la condenación del período historia-

do muchas veces no solamente resulta para el lector innecesaria y repetitiva sino que además no contribuye a clarificar la aportación fundamental de los dos libros. ¿En qué consiste, por ejemplo, esa «historia subversiva» que quiere hacer María Teresa Gallego? Y, sin embargo, en ellos encontramos, desde luego, la confirmación de que uno de los grandes debates histo-riográficos en relación con el franquismo puede concluir con la afirmación de que éste fue mucho menos fascista de lo que muchos de los contemporáneos pensaban. Así se aprecia, por ejemplo, en el libro de Valls sobre la enseñanza de la literatura. Como muy bien advierte José Carlos Mainer en el prólogo, mucho más que un programa cultural específicamente fascista en la etapa inicial del régimen lo que había era «una simple revancha clerical de oscura progenia y cortísimo vuelo». La cultura literaria del franquismo y la enseñanza de la literatura se basó en una voluntad de ejemplaridad moral más que de fruición estética. Las lecturas favoritas de los alumnos en 1943 incluían poetas románticos como Zorrilla, autores clásicos como* Cervantes y novelistas de un realismo moderado y una intención moralizante, como, por ejemplo, Pereda y Palacio Valdés. El alejamiento de autores como Pérez Galdós y el repudio, sobre todo por parte de los sectores católicos, de la generación del 98 (a diferen-

cía de lo que sucedía con los sectores falangistas) nos demuestran que el régimen franquista no fue un régimen semejante al totalitarismo de Alemania o de Italia sino mucho más de derecha tradicional y reaccionaria.

De alguna manera se puede decir que a la misma conclusión llega María Teresa Gallego en su libro sobre la Sección Femenina. Originariamente la Sección Femenina no tenía nada más que una misión de estricto carácter auxiliar de la Falange. José Antonio Primo de Rivera no concedió a la mujer nada más que una función subordinada en el terreno político e incluso en la propia vida social. La Sección Femenina no consigue desarollo hasta la guerra civil y aun en ésta se aprecian en ella tendencias diferentes: frente a una Pilar Primo de Rivera hay una tendencia más «alemana» y, por tanto, influida por los nazis, representada por Mercedes Sanz Bachiller, y un sector

más tradicionalista, dirigido por María Rosa Urraca. Pero, a partir de 1939, triunfa definitivamente, como resultaba lógico y esperable, Pilar Primo de Rivera. Lo que sucede es, al mismo tiempo, que la Sección Femenina se burocratiza, que se identifica con los postulados de la mujer católica tradicional española y no de la fascista europea, que tiene un papel mucho menos importante en la socialización de la política que organizaciones semejantes en otros contextos europeos y, en fin, que su labor se refiere a un número infinitamente más reducido de personas y, por tanto, contribuye también infinitamente menos a la socialización de la política que en los países propiamente fascistas.

Ambos libros adquieren, por tanto, una significación importante para el conocimiento de nuestro pasado, un pasado que tiene mucho más sentido conocer que despotricar contra él.